

El autógrafo

[BALLET]

Jacques Prévert

≈ VERSIÓN DE MIGUEL COVARRUBIAS

DE LA SERIE OBJETOS DE DEVOCIÓN Y DESEO / DETALLE EN MONOTONO / MIXTA SOBRE TELA / 2006

La Ópera de París. Muy bella y muy graciosa, una vez más triunfa la bailarina estrella en *El martirio de Santa Sebastiana*.

Su técnica es deslumbrante.

Y porque ella danza con sus piernas, la mirada de los balletómanos sigue atada a sus pasos.

Un hombre la mira desde su palco y su mirada brilla pero su rostro está coagulado; como si la vida, desde siempre, lo hubiera enmascarado.

Esa noche, es decir, no importa cuál, de pie, atrás del decorado, un joven muy galante y esbelto observa a la estrella y a veces la estrella observa a su admirador con casco mientras baila.

Es precisamente el bombero quién saca de su bolsillo un diario donde un crítico enrevesado afirma que el espectáculo es de un bomberismo auténtico ¡y sigue así por el estilo...!

Eso le hace sonreír pues se pregunta qué podría estar haciendo él en ese lugar.

ENTREACTO

En su camerino la estrella está triste, algo apagada, dondequiera hay flores enviadas por sus admiradores. La estrella está cada vez más triste, no totalmente embriagada por el éxito. Toca entonces el hombre del rostro petrificado, ella dice “entre”, entra, habla: “Vengo cada noche, pero esta vez llego con las manos vacías; sin embargo vengo a pedirle un regalo.” Como ella se sorprende, precisa: “Simplemente una firma” y saca de su bolsillo una hoja de papel.

LA ESTRELLA: “¿Un autógrafo?”

EL HOMBRE: “Si usted quisiera.”

La estrella alza los hombros y firma.

La mirada del hombre brilla intensamente: “Lea, es un ruego, lo que ha firmado.”

La estrella lee: “Hoy, en París, ciudad de perdición, a 5 de febrero, vendo o más bien, como soy desinteresada, regalo mi alma al diablo...”

La estrella —toda su tristeza desaparece— estalla en risas: “¡Luego yo tengo un alma! —dice ella. ¿Qué es justamente un alma?”

El hombre disgustado: “¡He aquí una pregunta!... Un alma, en fin, un alma es...” y se pone a bailar alguna cosa muy clásica, muy angelical, muy edificante.

Ella lo mira y bosteza. Regresa su fastidio.

“Esto es un alma” —dice ella. Y su alegría retorna: “Puedes guardarla, hacer lo que tú quieras, yo...”, pero el hombre la interrumpe y le habla del fuego eterno.

En ese instante, una gran risa estalla. La estrella vuelve la cabeza y descubre al que ríe: el bombero. Ríe junto a él con la misma risa que muy pronto será una risa loca.

Una campanilla marca el fin del entreacto; vienen a buscar a la estrella que, sonriente, se excusa y sale. El hombre queda allí y no tiene el aire de estar contento.

En la escena donde se levanta el último decorado del *Martirio*, la estrella surge y bajo el austero vestido de santa baila todo su cuerpo.

Y bajo ese vestido se le adivina, se le mira desnuda, libre, dichosa y su danza deviene loca, maravillosamente loca, escandalosamente loca.

Los músicos están desolados, el público indignado.

Surge entonces el hombre, el coleccionista de autógrafos en su genuino traje de Mefisto y la mirada dura, amenazante: ejecuta su número mágico, el pequeño ballet del fuego eterno.

“¡Fuego! ¡Fuego!” grita el público embargado de pánico; mas el bombero, sonriente, avanza con su extintor, arroja su casco lejos, apaga al diablo y baila con la estrella y la estrella es una mujer que baila con el hombre un maravilloso, un amoroso *pas de deux*. ∞